

LA VIDA COMO HOSPEDAJE DE PASO. IDENTIDAD Y DURACIÓN EN LA POESÍA DEL COLOMBIANO FEDERICO DÍAZ-GRANADOS

Marisa Martínez Pésico

(Università di Macerata)

m1.martinezpésico@unimc.it

LIFE AS A STEP HOTEL. IDENTITY AND DURATION IN THE POETRY OF COLOMBIAN FEDERICO DÍAZ-GRANADOS

Fecha de recepción: 7-12-2018 / Fecha de aceptación: 31.05.2019

RESUMEN: Este trabajo profundiza en uno de los aspectos centrales de las especulaciones poéticas de Federico Díaz-Granados (Bogotá, 1974), integrante de la tendencia lírica panhispánica conocida como *Poesía ante la incertidumbre*, que es la relación –a veces conflictiva– entre identidad y duración. Sus últimos libros, especialmente *Hospedaje de paso* (2003) y *Las prisas del instante* (2015), son una aproximación poética a inquietudes filosóficas: ¿Cómo seguir siendo el mismo a lo largo del tiempo entre tantos desplazamientos geográficos, mudanzas urgentes, cambios físicos, rupturas y circulación de personas y afectos? ¿Cómo se engarzan identidad y cambio? ¿Qué dura y qué queda, qué nos sigue perteneciendo? Si las experiencias que vivimos modifican nuestra esencia individual, ¿cuándo somos auténticos? Sus últimos libros son un ensayo de respuesta a estas cuestiones.

PALABRAS CLAVE: Federico Díaz-Granados, Poesía Colombiana Actual, *Hospedaje de paso*, *Las prisas del instante*, Identidad, Duración

ABSTRACT: This work analyzes one of the main aspects of the poetic speculations of Federico Díaz-Granados (Bogotá, 1974), member of the

pan-Hispanic lyrical tendency known as *Poesía a la incertidumbre*, which is the relationship –sometimes conflicting–between identity and duration. His latest books, especially *Hospedaje de paso* (2003) and *Las prisas del instante* (2015), are a poetic approach to philosophical concerns: How to remain the same over time among so many geographical shifts, urgent changes, physical changes, ruptures and circulation of people and love? How are identity and change enshrined? What lasts and what remains, what still belongs to us? If the experiences we experience modify our individual essence, when are we authentic? His latest books are an essay in response to these questions.

KEY WORDS: Federico Díaz-Granados, Poesía Colombiana Actual, *Hospedaje de paso*, *Las prisas del instante*, Identity, Duration

1. POESÍA Y TIEMPO

La poesía es un espacio fértil para la interrogación sobre verdades humanas. En este sentido, comparte puntos de indagación con la filosofía. Sus modos de preguntarse por la realidad, por la existencia, la unidad del ser, el conocimiento, la belleza o el lenguaje; sus especulaciones sobre el concepto de límite –tan relevante para la filosofía como para las matemáticas– conducen a una meditación, en clave lírica, sobre las fronteras del amor, de la vida, de la capacidad cognoscitiva de las palabras que la emparentan con la madre de las ciencias. Gianni Vattimo en *Poesía y ontología* (1993) reivindica la necesidad de acercar la poesía a la ontología y de aproximar la estética a la filosofía general. Maestros del siglo XX en Hispanoamérica como el argentino Roberto Juarroz –con sus paradojas, el tono reflexivo e interrogativo de su *Poesía vertical* heredera de las especulaciones que Borges ejerció mayormente a través del relato fantástico– o el peruano José María Eguren con sus versos preñados de símbolos para nombrar el ser o el tiempo son solamente dos de los muchos ejemplos que llevaron al extremo el maridaje entre filosofía y poesía.

Identidad, límite, duración. Tres conceptos transversales a la filosofía desde los presocráticos, siempre revisitados. Identidad entendida como

relación que mantiene una entidad consigo misma, como aquello que permanece único e idéntico aunque asuma el ropaje de apariencias cambiantes pero que supone alguna cualidad de permanencia. La defensa de la identidad estable como atributo del ser fue uno de los pilares del pensamiento parmenídeo en oposición a posturas filosóficas que reivindican el cambio: Heráclito, las propuestas que asumen el devenir como rasgo constitutivo de la realidad, el existencialismo celebratorio de un hombre libre cuya existencia precederá la esencia que elija construir(se). La coincidencia entre límite y principio aparece ya en la *Metafísica* aristotélica y asume distintos significados: límite que es a la vez *extremo, magnitud, fin, entidad...* Conciencia del *limes* como definición de lo humano, con sus aduanas vedadas a la razón según nos dice Eugenio Trías en su *filosofía del límite* o Henri Bergson al conectar la *durée* con la intuición, es decir, al concebir el paso del tiempo como fenómeno inaprehensible por el lenguaje o la razón.

Señala Anthony L. Geist, profesor de la Universidad de Washington, en el prólogo a la reciente antología editada por la Universidad Pontificia Universidad Javeriana *Adiós a Lenin* que “el tiempo desempeña un papel importante en la poesía de Díaz-Granados, en la que abundan despedidas, adioses y rupturas amorosas. Se puede afirmar que el paso del tiempo y los estragos que deja son el tema principal de *Las prisas del instante*” (Geist, A. 2017: 13). Retomando algunas de las pinceladas críticas de Geist en este prólogo, bellamente titulado “Hambre de hermosura”, quisiera ahondar en uno de los aspectos centrales de las especulaciones poéticas de Federico Díaz-Granados (Bogotá, 1974) que es la relación –a veces conflictiva– entre identidad y duración. Su obra, como dije ya, es una aproximación poética a inquietudes filosóficas: ¿Cómo seguir siendo el mismo a lo largo del tiempo entre tantos desplazamientos geográficos, mudanzas urgentes, cambios físicos, rupturas y circulación de personas y afectos? ¿Cómo se engarzan identidad y cambio? ¿Qué dura y qué queda, qué nos sigue perteneciendo? Si las experiencias que vivimos modifican nuestra esencia individual, ¿cuándo somos auténticos? Sus poemas son un ensayo de respuesta a estas cuestiones.

La primera parte de *Hospedaje de paso* (2003), reeditado por la editorial granadina Valparaíso en 2012, titulada "festín bajo el tiempo", es inaugurada con un epígrafe del estadounidense Mark Strand que da cuenta de esta dialéctica identidad-cambio: "El tiempo me dice lo que soy./ Cambio y sigo lo mismo./ Me vació de mi vida y mi vida se queda". Dice otro de sus epígrafes, esta vez del Nobel santaluciano Derek Walcott: "Esas cartas de amor en las estanterías/ quítalas; y las fotos, las notas abrumadas./ Corta tu propia imagen del espejo./ Y siéntate. Hoy hay fiesta en tu vida". Es el tono meditativo y muchas veces elegíaco del que nos habla el poeta mexicano Jorge Fernández Granados al referirse a los versos del colombiano.

En "Noticia del hambre" Díaz-Granados nombra el préstamo, el pasaje, lo que se ofrece a los demás aunque nunca nos haya pertenecido, pues el hombre "mira con cara de extranjero todas las prestadas/ alegrías" (Díaz-Granados, F. 2012: 12). "El regreso" pone el foco en los desplazamientos geográficos, en el viaje como vivencia que ejemplariza la transitoriedad vital: "Regresar de los viajes/ y acomodar los souvenirs y las postales en un lugar/ que no ha sido preparado para ellos/ (...) Se ha cambiado tantas veces de casa, de gustos, y de vida/ que ya se aprende a respetar a los viejos inquilinos./ (...) y uno no se encuentra con su cuerpo, (...)/ y en soledad saber que somos algo incompleto a la deriva,/ una larga temporada baja a la que siempre se retorna" (Díaz-Granados, F. 2012: 12-13).

Ruptura y circulación de personas queridas y de amores son el eje de numerosos poemas: "Llegan nuevas direcciones postales/ y otro número telefónico será el santo y seña del paraíso./ Llega el amor a clausurar los antiguos banquetes/ y estrenaremos trajes para la ocasión./ Habrá nueva cristalería, confetis, pitos y serpentinas/ en este nuevo trasteo de cachivaches/ y lento aprendizaje de la muerte" (Díaz-Granados, F. 2012: 47); "Se marchan siempre sin pagar los inquilinos de mi vida/ y el patio queda nuevamente solo/ en este hotel de paso donde siempre es de noche" (Díaz-Granados, F. 2012: 11). En este tren de evoluciones se incluye el cambio físico, como sugiere el poema "Pastelería Metropól": "...extranjero en ese vidrio,/ gordo y cansado/ y atrás de mí/ algunas sombras, gestos de

abuelos y tíos muertos/ sobre los pasteles de vainilla” (Díaz-Granados, F. 39). Pero se trata, siempre, de la dupla *hambre física/hambre metafísica* que identifica Geist: “El hambre es un tema recurrente en varios poemas, sobre todo en *Hospedaje de paso*. En ‘Pastelería Metropól’, por ejemplo, el yo lírico evoca el hambre física al contemplar unos pasteles en el escaparate: Y, sin embargo, simultáneamente es un hambre metafísica, hambre de presencias familiares que solo aparecen como fantasmas” (Geist, A. 2017: 15). Los versos del colombiano manifiestan una persistente voluntad de precisar los contornos de una existencia/esencia siempre incompleta mientras la fiesta –metáfora de la vida– continúa. *Somos una esencia sometida a modificación y lo único que nos pertenece es la cualidad de evolucionar*. Sin embargo, entre todos estos préstamos, pasajes y adioses hay puntos de referencia fijos ligados a las figuras del padre, del hijo y de los antepasados.

La dialéctica entre identidad y cambio conduce a una síntesis de carácter moral que adopta como lema la variabilidad heraclítea: podríamos decir que, en los versos de colombiano, *la identidad es el cambio*. Esta es la actitud vital, el amuleto contra desengaños y pérdidas, una especie de código deontológico para la vida que hallamos en los consejos a su hijo Sebastián: “Lleva contigo la lección de Ítaca/ –no importa el destino sino lo que conoces en el viaje–” (Díaz-Granados, F. 2012: 26). Esta misma regla aplica a los amores: “Ama a las mujeres, a todas,/ a la desconocida/ a la del rostro perfecto/ a la contrahecha y jorobada/ a las que se alejan con sus maletas intactas/ a las siempre ajenas/ (...) Se debe amar con sus múltiples heridas/ y su inventario de hemorragias y lentas convalecencias/ no se debe temer a sus papeles quemados/ ni a sus amuletos y talismanes de cada cita” (Díaz-Granados, F. 2012: 45).

La defensa de la duda y de la pregunta como métodos de aproximación al conocimiento y a la meditación sobre el límite está presente, por ejemplo, en “Al otro lado”: “Al otro lado hay tantas preguntas, inútiles como todas/ las preguntas (...)./ Ahora bien, recuerda las dudas al pronunciar el tiempo/ imagina las balas que se enamoran del cuerpo de su víctima” (Díaz-Granados, F. 2012: 44) y en “Álbum de los adioses”: “¿Qué sastre tejó estos cuerpos que nos visten de vida/ (...)? (...) ¿Y quién cosió

los colores desconocidos al corazón?/ ¿Quién sabe cómo es el amor que vive debajo de estas ropas?/ ¿Acaso fue Dios con su bata de cirujano/ enseñando el antiguo oficio de extraer costillas? ¿O fue aquella muchacha cuando me sonrió/ en su día libre del paraíso?" (Díaz Granados, F. 2012: 37).

Cuando leemos la poesía de Federico Díaz-Granados percibimos una nostalgia de la unidad en el fragor de estas identidades múltiples desplegadas a lo largo del tiempo. Sin embargo, es a partir de *Las prisas del instante* (2015) cuando la nostalgia empieza a ser matizada y, en sintonía, erosionada a través del humor. Porque hay una evolución anímica interesante entre *Hospedaje de paso* y *Las prisas del instante* que bien identifica el poeta colombiano Santiago Espinosa:

Federico Díaz-Granados es el poeta de la memoria y los espacios desocupados. Como si asistiéramos a una mudanza, vemos en sus habitaciones que se desmontan los retratos y se marchan las amadas, pasan abuelos que hoy son un puñado de nostalgias, infancias marchitas. A veces escuchamos a los vecinos que cierran puertas. Alguien se lleva los libros y las películas que amamos (...). Acostumbrado a la desolación del que escribe después de lo ocurrido, en sus últimos libros, *Hospedaje de paso* y especialmente en *Las prisas del instante*, el poeta se ha amistado con los relatos y la vida. Y en los cuartos vacíos, en los poemas, donde menos lo esperamos, ha comenzado la memoria a narrar amorosamente lo que ama. Y ha vuelto la presencia a los espacios solos. (Espinosa, S. 2016: 319)

Junto a esta reconciliación amorosa con los vacíos y las pérdidas, la adopción del humor es, en *Las prisas del instante*, una torsión anímica que modificará el mapa creativo de nuestro autor. La ironía es un contrapeso lírico, funciona como un matizador, un atenuante de la nostalgia y un modo de exorcizar la gravedad y la solemnidad de las inquietudes existenciales e indagaciones ontológicas como la recurrente pregunta sobre la naturaleza de Dios.

Carolina Dávila, desde la revista *Arcadia*, enumera los ejes temáticos de su literatura: "el tiempo y el azar como artífices del destino, la pervivencia del pasado y la vida como promesa incumplida" (Dávila, C. 2015: fuente electrónica). Estos mismos ejes los encontramos en *Hospedaje de paso*. Pero en *Las prisas del instante* hay una vuelta de tuerca en lo que

conciérne al humor. Ahora encontramos, por ejemplo, una reescritura paródica del poema "Éramos los elegidos del sol" de Vicente Huidobro, incluido en *Últimos poemas*, de 1948. El yo lírico huidobriano se lamentaba del fracaso amoroso, a pesar de que "Éramos los elegidos del sol/ y no nos dimos cuenta./ Fuimos los elegidos de la más alta estrella/ y no supimos responder a su regalo./ Angustia de impotencia./ El agua nos amaba./ La tierra nos amaba./ Las selvas eran nuestras" (Huidobro, V. 1995: 67). Aquí, la valía del amor venía refrendada por los elementos cósmicos y naturales: agua, tierra, sol, primavera, estrellas. Pero en el poema de Díaz-Granados titulado "Antes del espectáculo", el yo lírico se lamenta de que "No fuimos los favoritos del gran público,/ ni los amados por los dioses./ (...) no fuimos los elegidos por las hermosas mujeres/ ni acertamos el premio mayor de la lotería,/ ni ganamos el Gran Premio de Montecarlo./ Todo nos fue ajeno y desconocido en este domicilio de traicionados y tardíos/ (...) Por qué no se oye el estruendoso aplauso del mundo/ ni se ven los variados reflectores sobre el escenario/ en esta noche sola en que triunfó el amor" (Díaz-Granados, F. 2015: 37). La naturaleza es reemplazada por figuras de la sociedad del espectáculo y del consumo: la farándula, los poderosos, los ricos y el récord de audiencia serían las nuevas autoridades encargadas de valorizar el éxito de las relaciones humanas. El poeta se pregunta con perplejidad por qué el mundo ignora el espectáculo privado de su amor auténtico y reclama su puesto entre los perdedores. Esta celebración del fracaso, por inversión irónica, adquiere el signo contrario en el poema. Será el lector el responsable de *tasar* la derrota o el triunfo de esta historia sentimental.

La poesía de Díaz-Granados por momentos apela a un *choque de estilos* que le confiere una voz muy personal: al vocabulario del idilio romántico se asocia el lenguaje pedestre de la vida cotidiana citadina y sus versos incorporan materiales descartables, biodegradables, económicos, comestibles y transitorios. El corcho, las latas, el papel de los tiquetes del cine, el barro, los lácteos y las carnes, las pastas que flotan en el agua hirviendo, las monedas, los pelos, las piedritas, las migas de pan, las galletas, los botones, los carteles callejeros o los bafles originan comparaciones e imágenes asombrosas que no abandonan el lirismo ni la

epifanía poética. Aunque es verdad que su poesía nombra repetidamente el amor, el corazón o sus heridas, casi siempre Díaz-Granados coloca un contrapeso prosaico y autoirónico que evita la caída del discurso amoroso en el cliché sentimental. La vida es entendida como un *karaoke* –donde convergen la fatalidad del azar y la alegría de la fiesta– y el poeta celebra esta doble naturaleza: “Se sale del amor como del cine (...) siempre con los tickets rotos. Se sale del amor como de un tren o de un avión,/ llenos de paquetes y de inútiles encargos”; “para que tu nombre encaje donde debe decir olvido/ (...) cuento gordos y calvos en los centros comerciales” (Díaz-Granados, F. 2015: 39); “Estas palabras llegan con el humo de tus ojos,/ tardan en instalarse en el lugar exacto de la vida,/ crecen como las pastas en el agua hirviendo” (Díaz-Granados, F. 2015: 22); “sigo enhebrando botones y pelos en las solapas/ y arrojando arroz a los novios” (Díaz-Granados, F. 2015: 44); “Porque en el amor como en esta casa/ el corazón parece un corcho lleno de razones y de fotos” (Díaz-Granados, F. 2015: 32); “las despedidas/ (...) se acumulan en todos los bolsillos y solapas/ como viejas monedas en un tarro de galletas” (Díaz-Granados, F. 2015: 35); “todo se descompone más rápido en el corazón de un hombre triste:/ los víveres, las carnes, los lácteos” (Díaz-Granados, F. 2015: 59), “No sé dónde cubrir el corazón con cartones por si hay goteras/ porque en el amor como en la casa/ si enciendo la luz o abro las cortinas/ se deshace el barro del que estamos hechos” (Díaz-Granados, F. 2015: 49); “el mundo era un karaoke que jugaba con mi destino// Si hubiera sabido esto no habría dormido tanto” (Díaz-Granados, F. 2015: 21); “No creo en retornos/ pero mi vocación de viajero hace,/ cuando parto hacia la intemperie en el mundo/ que deje, como en mis días de *boy scout*,/ piedritas y migas de pan/ para no perder el camino de regreso a tu cuerpo” (Díaz-Granados, F. 2015: 25); “Las palabras tienen música sobre el papel que nadie canta (...) como quien patea latas vacías” (Díaz-Granados, F. 2015: 52) y el poeta tiene el corazón “mordido en los bordes como un viejo borrador de la primaria” (Díaz-Granados, F. 2015: 52).

De este modo, Díaz-Granados amplía el espectro del mundo poetizable al alcance de la mano, mostrando nuevos palacios –centro comerciales, cines porno, supermercados o estadios–, nuevos carruajes

como el DeLorean de la película *Volver al futuro* y princesas de cinematógrafo como Leia Organa de Alderaan, personaje de *Star Wars* y musa inspiradora de algunos versos suyos. La sociedad del espectáculo, contra lo que denunciara Guy Debord, no siempre empuja a una vida social inauténtica donde las relaciones entre las personas resultan mercantilizadas. Por el contrario, estos espacios de espectáculo y consumo también pueden ser cómplices de los sentimientos de sus habitantes. En este aspecto el escritor colombiano sigue la senda de uno de sus maestros, el poeta español Luis García Montero, a quien dedica el poema "Para mirar el mundo" donde no por casualidad figuran aeropuertos, cines y taxis amarillos. Como señala el poeta colombiano Juan Felipe Robledo, los poemas de Federico Díaz-Granados, "marcados por la lectura de Jim Morrison, Georg Trakl, Bohumil Hrabal o Robert Desnos, pero igualmente nutridos por la saga de la Guerra de las Galaxias y todas las baladas que han habitado sus noches de impenitente conversador, nos ofrecen un cuadro sugestivo de la vida de la Bogotá de los años noventa y de estos inicios del siglo XXI" (Robledo, J. F.: texto inédito)

Díaz-Granados hace un uso lúdico y humorístico de las llamadas *locuciones*. Incorpora a la textura de sus poemas algunas frases como "matar el tiempo" o "ver una luz al final del pasillo" que van asociadas al fracaso amoroso. El poeta juega con estos lugares comunes del idioma para descomprimir la desazón, en la misma línea de inversión irónica que hemos mencionado: "Y así la poesía será como el amor,/ llena de fiebres y de muchedumbres indecisas/ que buscan una luz al final del pasillo" (Díaz-Granados, F. 2015: 19); "Para matar el tiempo guardo los fantasmas y tristezas/ las nostalgias y los nombres que permanecen" (Díaz-Granados, F. 2015: 48), y mientras tanto el yo lírico resuelve crucigramas y lee avisos clasificados.

Como señala Jorge Cadavid en el *Boletín cultural y bibliográfico de Biblioteca Luis Ángel Arango*, la poética de Díaz-Granados "transita por una sólida vía deliberadamente prosaica, conversacional, cotidiana. Esta poesía es austera, meditativa e irónica, recurre a la parodia, al tono coloquial y a veces *acanallado*, a los titulares, los obituarios y los eslóganes" (Cadavid, J. 2015: 138).

2. RUMBOS DE LA IDENTIDAD A LA LUZ DE LA HISTORIA

La identidad individual, en la poesía de Federico Díaz-Granados, es también una construcción histórica. El yo poético evoluciona en consonancia con su tiempo y es difícil disociar la identidad en el ámbito íntimo –de la que venimos hablando– de la historia mundial. En este sentido, el colombiano es heredero de dos linajes: por un lado, de una línea fuertemente defendida por poetas españoles desde Antonio Machado hasta el grupo granadino de *La otra sentimentalidad* –en particular, por Luis García Montero– quienes, siguiendo la concepción de la *radical historicidad del inconsciente ideológico* postulada por el marxista español Juan Carlos Rodríguez, rechazan la escisión de lo público y lo privado intentando recuperar la dimensión pública de lo doméstico e interpretando la marca individual de los discursos a la luz del entorno colectivo. El otro linaje indudable es el de la *Generación sin nombre* colombiana y se concentra especialmente en la figura de su padre, el poeta y Premio Nacional, también militante de izquierdas y miembro destacado del Partido Comunista Colombiano José-Luis Díaz Granados, que es una estela que fulgura en el entramado de su poesía para apuntalar una mirada social. De estas tradiciones *tutelares* –un adjetivo que el propio Federico Díaz-Granados utiliza con frecuencia en sus escritos, como homenaje y eco del *Canto general* nerudiano– emerge una voz propia que se integra generacionalmente dentro del grupo transatlántico *Poesía ante la incertidumbre*. El caso de Federico Díaz-Granados ejemplifica perfectamente la afirmación de Remedios Sánchez García de que “la actual poesía española y la hispanoamericana van casi de la mano en el proceso evolutivo de los últimos años” (Sánchez García, R. 2015: 19-20).¹

¹ Aludimos aquí al grupo *Poesía ante la incertidumbre* que nace con el manifiesto *Defensa de la poesía* (2011) y se consolida con su continuación *Poesía ante la incertidumbre. Un viaje a la esencia* (2012). En resumen, sus integrantes se proponen escribir una poesía entendible, que conmueva a través de la emoción en el uso del lenguaje, sin artificios deshumanizantes y devolviendo al lector su papel. Porque espacio literario y espacio social deben ir de la mano. No practican una ruptura radical con la tradición: sus deudas estético-literarias son la Generación de la Poesía Social (años 50-60) y la Poesía de la Experiencia. En este grupo se incluyen los españoles Raquel Lanseros, Fernando Valverde, Daniel Rodríguez Moya, los colombianos Federico Díaz-Granados y Andrea Cote, el ecuatoriano Xavier Oquendo, el argentino Carlos Aldazábal, los salvadoreños Jorge Galán y

Sin duda, los hitos mundiales que más han impactado en la construcción identitaria del yo poético de Díaz-Granados se concentran en la historia de los países socialistas y de Europa del Este, sobre todo de la Unión Soviética, y en las consecuencias de la Guerra Fría y de la caída del Telón de Acero con el posterior derrumbe de las grandes ideologías que coincide con su primera juventud. La impronta que estos episodios tienen en la vida y en la poesía de Federico Díaz-Granados es meticulosamente estudiada por Nieves García Prados en su tesis doctoral inédita “La realidad social en la lírica contemporánea: el grupo *Poesía ante la incertidumbre*, la crónica periodística y la educación literaria” (Universidad de Almería, 2016). La huella de la figura paterna emerge con claridad en las generosas entrevistas al autor incluidas en esta tesis:

Mi padre encabezaba las actividades culturales en homenaje a los países socialistas y de Europa del Este, y sobre todo de la Unión Soviética. Para mí era curioso. Estábamos viviendo los últimos momentos de la Guerra Fría, pero parecía más viva que nunca. Yo había visto a la película *Rocky IV*, donde Rocky encarnaba el orgullo americano que derrotaba a Drago, el boxeador soviético que era mitad máquina, mitad hombre. Eso simbolizaba lo que se veía en América Latina de la Guerra Fría. Era que los Estados Unidos aparentemente nos iban a liberar de esa amenaza comunista soviética. Yo crezco con todo eso, y viendo a mi papá muy entusiasmado con todo lo que tiene que ver su militancia e ideología. Los padres de mis amigos viajaban a los Estados Unidos y les traían de regalo souvenirs, regalos, ropa, relojes... Mi papá viajaba a la Unión Soviética y me traía escudos de Lenin, matrioskas o cuentos del Osito Misha (...). Prácticamente mi primera biblioteca se iba formando con textos de la editorial Progreso de Moscú que era la editorial que publicaba los libros en español y la colección del Abecé del socialismo. Mi infancia estuvo marcada por todo eso, y la habitación de mi padre era como un pequeño territorio, como una pequeña geografía de esos países. Todos los souvenirs, los libros, los cuadros, los afiches de su cuarto eran alusivos a la Unión Soviética, a la RDA, a Checoslovaquia, a Yugoslavia. (García Prados, N. 2016: 275-281)

Existe una “memoria de segundo grado” palpable en la poesía de Federico Díaz-Granados, es decir, una memoria mediada por el relato paterno que se incorpora a la textura del discurso literario pero siempre reelaborada desde la óptica del hijo, desde la mirada a la vez testigo y

protagonista de una segunda generación. La poesía del colombiano insiste en la idea de incomodidad de un yo alojado en el mundo adulto y narra la resistencia a la aceptación del cambio, retratando el proceso de duelo por una inocencia/infancia irrecuperables: “esta luz tiene las chispas de aquella mañana que extravié/ cuando salí del paraíso con despedidas trucas” /Díaz-Granados, F. 2015: 36). Está también muy presente este argumento en su poemario *Hospedaje de paso*, especialmente en los versos de “Antes del paraíso” o “Álbum de los adioses”. Pero sin duda alcanza su clímax en el poema alegórico que narra el *rito de paso* de la infancia a la adultez con ternura y desgarramiento: “Good Bye Lenin”, otro homenaje cinematográfico. Allí, el niño que jugaba a ser cosaco en un patio andino desprovisto de nieve, abedules, estepas o pueblos incendiados escucha por la radio las noticias de la verdadera Unión Soviética y ese súbito descubrimiento de la realidad “tangible” inhibe para siempre su capacidad de fantasear: “Y no volvieron los cosacos, ni los konsomoles/, ni los cosmonautas a mi cuarto/ en aquella noche en que mi madre me daba las buenas noches/ en voz baja para no despertar a toda la casa/ mientras apagaba para siempre/ la última luz de mi infancia” (citado en Martínez Pérsico, M. 2017: fuente electrónica).

También reconstruye Nieves García Prados los hitos históricos desencadenantes y el impacto que la caída socialismo tuvo en el seno de la familia Díaz-Granados, cuando en el verano de 1985 todo empieza a cambiar. La elección de Mijaíl Gorbachov como nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en ese año supuso el comienzo del periodo de la llamada Perestroika (reconstrucción) que acabaría finalmente en la disolución de la URSS en 1991. Cambiaron los coros del ejército rojo por canciones de U2 relatos de pioneros por un incendio en Chernobil:

Empieza como una nueva era de las relaciones de la Unión Soviética con el mundo. Recuerdo la desconfianza de mi padre. No le gustaba Gorbachov, aunque reconocía que era un hombre grande. Le emocionaba más ver a Gromyko, al jefe de la KGB, a los dirigentes que veía en la revista Sputnik, que la hacía la agencia de prensa Novosti, que era la gran agencia de prensa soviética. Gorbachov empieza sus contactos con Occidente, tiene varios encuentros con Ronald Reagan para hablar del tema de las

reservas nucleares, se encuentra con el Papa Juan Pablo II, se encuentra con Margaret Thatcher, es decir, con los grandes líderes de la derecha mundial. Eso le causaba a mi padre y sus amigos una profunda desconfianza. Empiezan a destaparse las grandes ollas podridas que había en cada una de estos países, sobre todo en los que no hubo lucha revolucionaria, sino que habían sido invadidos por la Unión Soviética. Por eso, eso se veía venir, pero mi papá pensaba que no iba a pasar, que habría algunos cambios o reformas, pero nunca pensó que se fuera a caer como tal el muro de Berlín. (García Prados, N. 2016: 279)

Con el final de la Guerra Fría se eclipsa, también, la luz de la infancia. Se trata de un rito de paso simultáneamente individual, familiar e histórico:

Creo que mi papá nunca esperaba eso y creo que en su imaginario él siempre creyó que el muro nunca se cayó y entonces buscaba las noticias alusivas y se reunía con los amigos y los viejos nostálgicos de todo el bloque socialista y yo era testigo de eso. Un poco guardando la esperanza de que eso no se había derrumbado y que finalmente el mundo socialista seguía allí intacto. En los días posteriores a la caída del Muro yo recuerdo estar en la casa con mi padre y con Luis Vidales, con reuniones de todos ellos en la que estaban hablando del tema, y estaban muy desconcertados, porque ellos sintieron que era como una traición de Gorbachov, y que de todas maneras Erich Honecker era un icono del socialismo mundial y no podían creer que él hubiera caído en corrupción o hubiera estado enterado de la corrupción. Él seguía siendo un símbolo para todos ellos. Recuerdo la gran tristeza y la gran desilusión. Era como si les hubieran matado al mejor amigo». (García Prados, N. 2016: 280)

Es significativo que la última antología de Federico Díaz-Granados publicada por la Universidad Javeriana se titule *Adiós a Lenin* como el poema homónimo incluido en *Las prisas del instante* pero, sobre todo, por la castellanización –es decir, el homenaje y la apropiación creativa– del nombre de la película alemana cuyo relato permite homologar a su joven protagonista, Daniel, con el propio Federico, y a la madre de Daniel con José Luis Díaz-Granados. Este título opera como una gran metonimia: significa decir adiós a la infancia, adiós a la utopía, adiós al relato paterno, adiós a los íconos soviéticos, adiós a una configuración mundial que ya nunca sería la misma. Identidad doméstica y mundial evolucionan de la mano. Y los juguetes, objetos tan celebrados en la poesía de Federico Díaz-Granados, son signos de una época idílica que el poeta intenta remontar por

la palabra para que no se esfume del todo: "Se fue la infancia y nunca supe/ a dónde van los patos del Central Park en invierno/ y si la vida era sentarse a hacer guardia en un campo de centeno" (Díaz-Granados, F. 2012: 24), o en el poema titulado "Balada para mis juguetes": "Ahora –en tiempos del deshielo–/ cuando la infancia y la muerte/ me juegan a los dados con mis manos/ pido asilo entre mis juguetes/ aunque sea ya un extranjero/ en ese país de luces y fantasmas" (Díaz-Granados, F. 2012: 27).

3. LAS PRISAS DEL INSTANTE Y LA MEMORIA RECONCILIADA

Hay una evolución anímica notable entre *Hospedaje de paso* y *Las prisas del instante* que ha sido puesta de relieve en las páginas anteriores y que para Santiago Espinosa se deduce de la nueva "narración amorosa de la memoria" donde los espacios vacíos vuelven a ser ocupados. La irrupción franca del humor y de la autoironía es otro elemento que distingue un libro de otro, y esto refleja una reconciliación con la memoria donde la pérdida puede convertirse en hallazgo y celebración.

Las prisas del instante despierta el interés del lector ya desde el título, por lo que tiene de excesivo: pone el énfasis en la urgencia de los momentos por desaparecer. Aunque a primera vista el libro parezca reflejar una visión desencantada de la vida dictada por la fugacidad del tiempo, hay que adentrarse en sus páginas para calibrar con justicia su sentido. Federico Díaz-Granados (Bogotá, 1974) no celebra cualquier instante, sino aquellas *vivencias significativas*: un compendio selecto de anécdotas de infancia, complicidades amistosas, festejos familiares, *soundtracks* vitales y amores indelebles. Estos instantes moldean la memoria y a ellos regresa el poeta con su música para justificar el valor positivo de la existencia. Por eso, el incesante ejercicio del recuerdo conlleva la apropiación feliz de lo perdido: hay una forma de trascendencia en la memoria y en la palabra que permite que los momentos, a pesar de su urgencia por esfumarse, se engrandezcan y aquilaten. "De todas esas mudanzas, cambios y tránsitos donde se pierden afectos, seres queridos y objetos preciados surge la nitidez de los recuerdos por todo lo perdido y es allí donde encuentro lo luminoso y lo verdadero" (Restrepo, C. 2015: fuente electrónica) afirma el poeta

colombiano en una entrevista para el periódico *El tiempo*. Es como el escaparate de la abuela Margot, colmado de glorias pasadas que reviven por el acto de mirar, evocar y contar: “volver siempre sobre las cosas guardadas/ para entender siempre los motivos de la fiesta/ y recordar los nombres olvidados/ porque fueron esos preludios,/ esas dichas y esos cuentos/ el testamento más luminoso/ de cada día que inventó mi infancia” (Díaz-Granados, F. 2015: 62). En este libro no encuentro pesimismo sino una melancolía vitalista. Es un canto a la belleza de vivir, con su frágil transitoriedad, y una celebración de los encuentros humanos. Al final, el ejercicio prolífico de la memoria logra imponerse por sobre el desencanto, la abulia o el *spleen* contemporáneo.

No faltan homenajes y desvíos de la tradición literaria, empezando por la reapropiación de un léxico y unos temas que nos remiten a Gabriel García Márquez, primo de su abuela y figura tutelar de su infancia y primera juventud. Encontramos muertes con preaviso (“Al regresar/ seguro preguntaremos por los parientes muertos,/ los nuevos primos/ entre tanto hastío y ausencias anunciadas”), genealogías familiares hermanadas por el desamparo (padre e hijo se parecen “en las señas y el modo de llevar la soledad”) o el guiño del capítulo quinto, titulado “Del amor y sus estaciones”. Hay, también, algo de Isabel viendo llover en Macondo – contemplando el derrumbamiento de la naturaleza con un gesto pacífico y resignado– en la actitud del poeta, quien ausculta desde la ventana del poema el tránsito de lo inevitable con una aceptación mucho más digna y positiva pero siempre consciente de su impotencia ante la fatalidad.

El sentido del olfato es, en *Las prisas del instante*, un desencadenante de la evocación familiar, de la pulsión genealógica de una poesía donde padres, abuelos y parientes componen estampas entrañables. El poder de la memoria involuntaria –y, en particular, del olor de los almendros– tiene un lugar de privilegio en la cartografía del recuerdo. Este árbol es común en Bogotá y en las zonas montañosas del país, y está presente en el escaparate de la abuela Margot, donde caben estampitas de santos, supersticiones que se vuelven leyendas del Caribe y retratos pegados en el espejo: “Aquel escaparate estaba lleno de voces y canciones/ de recortes de prensa y obituarios de todos los parientes muertos/ y de

aquel lugar salía un olor a tiempo detenido/ y a almendras escondidas entre los objetos” (Díaz-Granados, F. 2015: 62). También en el poema “El nombre del olvido”, el poeta se lamenta del inútil afán “de buscar/ cartas atrasadas en los buzones/ y un aroma de tamarindos o almendros/ que me devuelva un instante ese rostro ya perdido” (Díaz-Granados, F. 2015: 38). Y en “Portarretrato” se identifica el adiós del abuelo con el de los almendros: “Ante la cámara todos dicen *whisky*/ y allí quedan congelados para siempre/ los parientes y amigos/ las amantes inconclusas y afectos reunidos” pero siempre dejando fuera de foco “todo el umbral de los sueños/ (...) ante el ademán de despedida del abuelo/ y el largo adiós de los almendros” (Díaz-Granados, F. 2015: 62). Este perfume es capaz de restituir los rostros queridos del pasado, los instantes felices de la infancia, de congelar el tiempo y de ensanchar mágicamente el presente de la evocación.

Otras claves de la poesía de Federico Díaz-Granados son el valor cardinal de la amistad, la nostalgia por la expulsión del paraíso –que es la infancia– y la concepción de la poesía como fiesta. Si las mujeres amadas son estaciones pasajeras, inquilinas temporarias de un albergue metafórico que es el propio poeta, y si los familiares y antepasados tarde o temprano también desaparecen, pareciera como si las figuras omnipresentes fueran los amigos. La amistad es la forma del afecto que dura en el tiempo y en el espacio: aunque algunos amigos se marchen “hacia destinos inconclusos o países sin mapa” siempre habrá otros que, a cambio de las tristezas, “se llevan mi pañuelo lleno de lágrimas/ y ausencias” (Díaz-Granados, F. 2015: 24).

Hemos hablado de una poesía que practica un incesante ejercicio del recuerdo como estrategia para apropiarse de la pérdida, de su canto a la belleza de la vida en su frágil transitoriedad, de su celebración de los encuentros humanos, de los homenajes y desvíos de la tradición literaria que emprende con autores señeros de ambas orillas del Atlántico, del recurso a la ironía como contrapeso de las perplejidades existenciales, del poder de la memoria involuntaria en conexión con el recuerdo familiar, del valor de la amistad y de la nostalgia por la expulsión del paraíso de la infancia, con sus ritos de paso.

Concluyo con unas palabras sobre la función poética que subyace en estos versos, puesto que muchas veces se preguntan por el lugar de la poesía en el mundo, especialmente en la segunda parte de *Las prisas del instante* ("Arte poética"). Para responder este interrogante propongo leer el epígrafe didáctico de Álvaro Mutis que inaugura el libro: "No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día. Aprende a guardarla para las horas de tu solaz, y teje con ella la verdadera, la sola materia perdurable de tu episodio sobre la tierra" (Díaz-Granados, F. 2015: 6). Pongo en diálogo esta cita con los versos finales del poema "La otra orilla", que marca fronteras entre el hombre y su palabra: "De este lado de la palabra está el hombre/ con el silencio y la soledad del mundo/(...). Allá están las gramáticas y las hogueras/ que nos aguardan con paciencia/ para reiniciar, de una vez y para siempre/ la fiesta" (Díaz-Granados, F. 2015: 33).

En *Las prisas del instante* los motivos de la fiesta se relacionan con el acto de *contar*: la palabra es una tregua para la celebración, un viaje del *pathos* a la *euphrosyne*, un tránsito del sufrimiento a la alegría y una posibilidad de solazarse con la cristalería, los confetis, los pitos y serpentinas en este "lento aprendizaje de la muerte" que es la vida. Aquí radica "la trágica hermosura" de la poesía de Federico Díaz-Granados de la que nos habla Anthony Geist en el pórtico de *Adiós a Lenin*.

BIBLIOGRAFÍA

- Brandolini, Alessio. "La fretta dell'istante. Sull'ultimo libro di poesia di Federico Díaz-Granados", in *Fili d'Aquilone* 41, gennaio/marzo 2016.
Disponibile en: <http://www.filidaquilone.it/num041brandolini3.html>
- Cadavid, Jorge. "Teoría histórica del sentimiento", en *Boletín cultural y bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango*, vol. XLIX, nro. 89, 2015, pp. 138-139.
- Dávila, Carolina. "Poesía en la FILBo 2015", en *Arcadia*, 17 de abril de 2015.
Disponibile en: <https://www.revistaarcadia.com/imprensa/libros/articulo/libros-poesia-recomendados-filbo-2015/41895>

- Díaz-Granados, Federico. *Hospedaje de paso*. Granada: Ediciones Valparaíso, 2012.
- Díaz-Granados, Federico. *Las prisas del instante*. Madrid: Visor, 2015.
- Díaz-Granados, Federico. *Adiós a Lenin. Antología poética*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2017.
- Espinosa, Santiago. "Una aventura trasatlántica. Poetas y Poesía ante la incertidumbre", en Remedios Sánchez (Coord.). *Palabra heredada en el tiempo. Tendencias y estéticas en la poesía española contemporánea (1980-2015)*. Madrid: Akal, 2016, pp. 315-328.
- Fernández Granados, Jorge. "Breve recuento de *Las horas olvidadas* de Federico Díaz-Granados", en *Confabulario. Suplemento de El Universal*, México, S.R.
- García Prados, Nieves. *La realidad social en la lírica contemporánea: el grupo 'Poesía ante la incertidumbre', la crónica periodística y la educación literaria*. Tesis doctoral inédita dirigida por María del Carmen Quiles Cabrera y Remedios Sánchez García. Universidad de Almería.
- Geist, Anthony L. "Hambre de hermosura", en *Adiós a Lenin. Antología poética*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2017, pp. 11-15.
- Huidobro, Vicente. *Últimos poemas*. Santiago de Chile: LOM, 1995.
- Marías, Julián. *Historia de la filosofía*. Buenos Aires: Revista de Occidente, 1946.
- Martínez Pérsico, Marisa. Reseña de: Remedios Sánchez García. *El canon abierto. Última poesía en español (1970-1985)*, en *Cuadernos del hipogrifo. Revista de literatura hispanoamericana y comparada*, nro. 5, 2016, pp. 209-211.
- Martínez Pérsico, Marisa. "Le urgenze dell'istante o i motivi della festa", en Federico Díaz-Granados. *Le urgenze dell'istante* (trad. A. Brandolini). Roma: Edizioni Fili d'Aquilone, 2017, pp. 5-11.
- Martínez Pérsico, Marisa. "Las prisas del instante o los motivos de la fiesta", en *Círculo de poesía*, mayo de 2017. Disponible en: <https://circulodepoesia.com/2017/05/le-urgenze-dell-istante-federico-diaz-granados-en-italia/>

Restrepo, Carlos. "El tiempo es el gran tema de la poesía", en *El tiempo*, 6 de marzo de 2015. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15352777>

Robledo, Juan Felipe. "Federico Díaz-Granados y el hospedaje de paso del mundo" (inédito).

Sánchez García, Remedios. *El canon abierto. Última poesía en español (1970-1985)*. Madrid: Visor, 2015.

Vattimo, Gianni. *Poesía y ontología*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 1993.